

MESOAMERICA ANTE LOS OJOS DE VIAJEROS DEL SIGLO XIX

KARL VON SCHERZER (*)

LAS TRIBUS INDIGENAS DE GUATEMALA

Los indios de Centro América comparados con los de Norte América – Trajes, usos y costumbres de los indios Quichés – Escasa influencia de los Misioneros católicos – Ceremonias paganas en las fiestas de la Iglesia católica – Santa Catalina Ixtlahuacán (**) – El Padre Vicente Hernández – ¿Bestias u hombres? – El Ach-itz o Sacerdote del Sol – Ofrendas de sacrificio y deidades indígenas – Oración de un Sacerdote del Sol en el nacimiento de un niño – Calendario indígena – Diversas teorías sobre el origen de los indios centroamericanos – Ciencia y revelación – La leyenda de la Creación del mundo y los etnógrafos norteamericanos.

Mientras que los llamados Piel Roja de Norteamérica languidecen en todas partes, mostrando el desconsolador aspecto de un pueblo moribundo en vías de su inevitable ocaso, el futuro de los indios de Centroamérica se le presenta al viajero extranjero bajo una luz muchísimo menos sombría. La causa principal de ello se encuentra en la circunstancia de que los aborígenes norteamericanos son exclusivamente pueblos de cazadores, mientras que los morenos habitantes de Centroamérica se dedicaban al cultivo de la tierra ya desde la época del Descubrimiento y Conquista de la región por los españoles.

En la medida en que el colono blanco penetra al Oeste y los golpes del hacha de los squatters retumban en las selvas del Missisipi y Missouri, el cazador Piel Roja es expulsado de sus tierras y confinado, cada año que pasa,

(*) *Viajero alemán. Visitó Centroamérica a mediados del siglo pasado, describiendo las costumbres de la región, así como el paisaje físico y las condiciones de vida de la población de la época. El presente trabajo corresponde al capítulo IV de su obra "Aus dem Natur-und Völkerleben im tropischen Amerika. Skizzenbuch.", publicado en Leipzig, en 1864. Versión al castellano de Evelin Paap.*

(**) *El autor se referirá siempre con este nombre a la comunidad de Santa Catalina Ixtlahuacán.*

a un territorio más limitado; viendo agotarse, cada vez más, la principal fuente de su sustento. La caza se hace visiblemente más escasa, y debido a que no está acostumbrado a otra ocupación, frecuentemente se expone a la muerte de hambre. Las mismas considerables sumas de dinero que el gobierno de Washington hace pagar a las tribus indias, a través de sus agentes (x), en forma de anualidades por concepto de tierras compradas, debido al tenaz aferramiento del indio a su antiguo modo de vida y a su gran inclinación al alcoholismo, no permiten, de ninguna manera, que su vida se haga más pasadera. Tanto los comerciantes ambulantes como los usureros traficantes de pieles, sacan más provecho de la situación que los ignorantes hijos de la región, para cuya superación han sido destinadas las sumas mencionadas.

El número total de los indios que actualmente viven en América del Norte se eleva, según el último censo (1860) a 294,431 personas, (xx) las cuales lamentablemente se encuentran en rápida extinción. Sin ser precisamente un profeta, se puede precisar con cierta seguridad, el momento en que desaparecerá de los Estados Unidos el último de los miembros de la raza aborigen. La tribu de los Winnebago, por ejemplo, que en 1836 contaba aún con más de 8,000 miembros, ha disminuído ahora a 900 personas. La misma proporción de disminución se presenta entre los Chippewas en el Lago Superior y entre los Sioux o Dahkotas al oeste del Missisipi.

- (x) *La cantidad de tierras compradas a las diversas tribus indias por parte del gobierno norteamericano asciende a más de 500,000 acres, por los cuales se les pagará en calidad de indemnización la suma aproximada de 100,000,000.00 dólares.*
- (xx) *Esta población indígena que todavía conserva completamente su carácter primitivo, se distribuye entre los Estados y Territorios siguientes:*

Al oeste de Arkansas	63,680 personas
California	13,540 personas
Georgia	377 personas
Indiana	384 personas
Kansas	8,150 personas
Michigan	7,777 personas
Minnesota	17,900 personas
Missisipi	900 personas
Nueva York	3,785 personas
Carolina del Norte	1,499 personas
Oregón	7,000 personas
Tennessee	180 personas
Wisconsin	2,883 personas
Territorio de Colorado	8,000 personas
Territorio de Dakota	39,664 personas
Territorio de Nebraska	5,072 personas
Territorio de Nevada	7,550 personas
Territorio de Nuevo México	55,100 personas
Territorio de Utah	20,000 personas
Territorio de Washington	31,000 personas

294,431 personas

Si a esto se suma cantidad de todos los indios que en la actualidad viven aún en las posesiones británicas de Norte-America, que apenas asciende a 50,000 personas, se eleva la suma total de los cobrizos habitantes de Norte-America a apenas 344,431 personas, mientras que la población negra llega a más de cuatro millones (487,996 negros libres, 3,953,760 esclavos) y se encuentra en rápido ascenso.

Muy diferente, en comparación, se nos presenta la situación de los indios agricultores de Centroamérica, quienes, dispersos desde la frontera con México hasta el Istmo de Panamá en 155,644 millas cuadradas inglesas, conforman una población de más de un millón de personas o aproximadamente la mitad de todos los habitantes del territorio completo de Soconusco. (*) Además de su ocupación agrícola, los indios tienen aquí la

(*) Según los datos más recientes, el número de indios puros en cada una de las cinco repúblicas centroamericanas asciende aproximadamente:

En Guatemala	650,000 indios
Honduras	120,000 indios
El Salvador	150,000 indios
Nicaragua	80,000 indios
Costa Rica	5,000 indios

1,005,000 indios

ventaja decisiva, en comparación con los de América del Norte, de ser su número considerablemente mayor respecto al de los colonos blancos (cuyo número apenas asciende a 100,000 personas, mientras que el de la población mestiza es de 800,000 y el de la negra de 12,000). La inmigración de origen nórdica es muy escasa y la población blanca tiene muy lento crecimiento.

Con excepción de la costa oriental de Costa Rica y de la llamada Costa del Bálsamo, en El Salvador, en donde encontramos todavía algunas tribus indígenas nómadas, los aborígenes de Centroamérica viven generalmente en domicilios fijos, dedicándose mayormente al cultivo de un suelo extraordinariamente fértil. En ninguna parte tienen el aspecto salvaje y extraño como al oeste del Missisipi, en donde todavía en 1852, cerca de las Cataratas de Saint Anthony, ví reunidos a varios miles de indios Dahkota semidesnudos, con las caras, manos y pechos cubiertos de la manera más extraña con pinturas roja, amarilla y verde, y una colorida colcha de lana colocada sobre los morenos hombros. Los trajes de los indios centroamericanos no dejan tampoco de tener su romanticismo, pero ya han perdido su carácter salvaje bajo la influencia de la civilización. Aún en el Estado de Guatemala, en donde se encuentra en la actualidad la mayoría de indígenas pura sangre, y en donde con mucho constituyen la mayor parte de la Población, (*) los nativos muestran en sus trajes, usos y costumbres influencia de cultura europea, aunque en general las condiciones son todavía las mismas como en la época en que Pedro de Alvarado, con una horda de aventureros españoles y un pequeño número de monjes fanáticos, se esforzó por someter a los libres habitantes de la recién descubierta región al Rey de Castilla y a la religión del "amor al prójimo", por medio de la espada, la marca de fuego y la tortura. Especialmente en los llamados Altos, o sea las tierras altas de Guatemala, la condición del pueblo todavía es de una naturaleza muy primitiva. Uno camina ahí totalmente sobre la tierra clásica de la historia indígena, y éste es el motivo por el cual intentamos hacer objeto de este trabajo histórico-cultural, a los habitantes del antiguo reino Quiché. En Quezaltenango, Sunil, Santa Catalina-Istlavacán, Momostenango, Utatlán, Totonicapam, Santa Cruz del Quiché, etc., han conservado su originaldad los

(*) *La población total de Guatemala asciende a 900,000 personas. Entre ella apenas son 10,000 completamente blancos y 140,000 mestizos (ladinos). El resto (750,000) son todavía indígenas pura sangre de las tribus de los Toltecas, Quichés y de los Kachiqueles, quienes a mediados del siglo XI abandonaron Tula, la antigua residencia de los Toltecas, en dirección al Sur, siguiendo la inspiración de un oráculo, con el fin de fundar un nuevo reino en las montañas de la actual Guatemala, cerca del Lago de Atitlán. Este reino fue llamado Quiché, en memoria a su querido Caudillo.*

pueblos de los indígenas, así como ellos mismos, aún cuando ni sus trajes ni sus viviendas tienen la apariencia bárbara de los pueblos de cazadores nómadas del Norte. Los hombres, fuertes figuras de moreno color corporal, con cuadrados y salientes maxilares superiores, estrecha frente, ojos negros de penetrante mirada y cabello negro desgredado, visten, por lo general, chaquetas cortas color marrón y pantalones blancos y amplios que les llegan hasta las rodillas, ceñidos al talle con una faja multicolor. Así vestidos, visitan los mercados de las ciudades grandes, a donde llevan los productos de su propia tierra o de la ajena.

Las mujeres indígenas tienen un vestido no menos sencillo. Llevan una pieza de tela (enagua) ancha, burda y colorida, en forma de falda ceñida al talle, fijada en un extremo a la cadera izquierda. Usan una blusa corta de lino (güipil), que parece a veces estar cosida delicadamente con hilos rojos y azules. En sus largas cabelleras negras entrenzadas atan muchas cintas rojas y amarillas, por lo que logran sus cabezas un aspecto muy pintoresco.

Los niños indígenas están vestidos de una manera aún más natural y andan hasta la edad de 7 años completamente desnudos.

El modo de vida de los aborígenes de Los Altos es sumamente sencillo y sin pretensiones. Sus habitaciones no son ranchos abiertos de caña pajiza con techo de palmas y *Heliconien* —debido al clima (la temperatura promedio anual es de aproximadamente 17°C)— como las de los nativos en las llanuras calurosas, sino casas de adobe con techos de tejas, aunque en el interior predomina la misma pobreza.

En el cuarto semivacio se ve además de un sencillo camastro de madera cubierta con un colchón de paja trenzada, a lo sumo, unos taburetes y una mesa. Todas las pertenencias de la familia cuelgan, generalmente, de lazos tendidos o en redes, mientras que lo de más valor es guardado en un pequeño cofre de madera, colocado en un rincón del cuarto. Los instrumentos para comer y cocinar son, en su mayor parte, de barro, madera y de los frutos ahuecados del árbol de jícara (*Crescentia* sp.). Las comidas típicas que se encuentran frecuentemente en la modesta mesa del indígena, son: **Tamal** (algo como una especie de pan de maíz); **Pipián**, un Ragout indígena; y **Pul-ik**, una comida de carne preparada con maíz y pimienta roja (achiote). La bebida predilecta de los indios de Guatemala es la **Chicha**, bebida embriagante obtenida de frutos fermentados, parecidos a las ciruelas, del árbol de jocote, y **Pulque**, preparado del jugo del Agave Americano.

Las costumbres de los actuales indios nos hacen suponer que tampoco bajo el glorioso Imperio de Montezuma este pueblo tuvo mucho lujo en sus instalaciones domésticas. Sus casas parecen haber sido, en todas las épocas, aireadas de caña y palma en las tierras bajas, y chozas de adobes secados al aire en Los Altos; las cuales, después de algún tiempo de permanecer deshabitadas fueron presa de la destrucción. Así se explica también el porqué de que hasta hoy no se haya encontrado casi ninguna construcción

importante, que pudiera ser tomada como la antigua vivienda de algún indio noble o rico, de los cuales seguramente había muchos en la época de esplendor del Reino de los Quichés. Lo único que se ha encontrado, ha sido restos de monumentos erigidos por los aborígenes a sus ídolos, así como ruinas de pirámides utilizadas para ceremonias religiosas. El único lujo es el **Temaskal**, una como especie de sauna, que se encuentra en las viviendas de los indígenas de Los Altos de Guatemala, y el cual por cierto es un enser casero muy modesto. Casi cada casa posee una construcción baja adicional parecida a un horno, y en la cual, a través de un mecanismo, entra aire caliente. En este cuarto calentado permanece el indio muchas veces horas enteras con toda su familia, creyendo los nativos, incluso, que las mujeres serán más fértiles si hacen uso a menudo de este baño de aire caliente. Semejante cura de sudor, a la cual no sigue, como en Europa, un enfriamiento con agua fría, es considerado entre los indígenas como uno de los más eficientes métodos medicinales, y es por ello buscado en los casos de las enfermedades más heterogéneas.

Mientras que los indios de Guatemala, de esta manera, en traje, ocupación y comportamiento, revelan poco de los primitivos habitantes paganos de la Cordillera y aparentemente hasta se han convertido a la religión católica, en su fuero interno permanecen fieles, por otra parte, a los toscos usos y costumbres de sus idólatras antepasados. Si, es sorprendente ver que pobre influencia ha tenido la Iglesia católica, predominante desde hace tres siglos, en los corazones y convicciones de los indios, a pesar de la magia de su aparato eclesiástico y de los inmensos medios, muchas veces crueles, que estaban a su disposición. Todavía hoy se muestra la mayoría de estos morenos habitantes paganos y no conversos, y si se les permitiera, regresarían pronto al paganismo. De ello se dan cuenta tanto las autoridades civiles como las eclesiásticas del país, pero no está en su poder contrarrestar este mal. Al mismo tiempo que los indígenas soportan pacientemente todas las cargas y gravámenes de la Iglesia católica y se someten calladamente a todos sus mandamientos, continúan, igualmente en secreto, practicando su idolatría y sus costumbres paganas. Tomando en cuenta su inflexible obstinación y lo reservado de su carácter es sumamente difícil obtener de ellos aunque sea el más mínimo informe al respecto. Ya los primeros cronistas coloniales y los misioneros se quejan del obstinado silencio del pueblo indígena, del cual solamente las mujeres parecían, a veces, ser la excepción. "Si no es por vía de mujeres, no se sabe nada", escribe Antonio de Herrera en la cuarta década de su obra de historia española, (*) en donde se refiere a las escasas tradiciones que conocemos sobre la antigua historia de este enigmático pueblo. Pero aún las mismas mujeres parecen no haberles hecho frecuentes y pacientes preguntas a sus inocentes padres —por lo menos sobre asuntos históricos—, a menos que

(*) *Antonio de Herrera: "Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Oceano". Madrid, 1601-1615. (Nota de la T.)*

lo hallan callado por temor a castigos posteriores. De lo contrario, seguramente no existirían hasta nuestros días semejantes lamentables lagunas y oscuridad en el conocimiento de la historia antigua, así como en lo que respecta a las costumbres idólatras, de los aborígenes de CentroAmérica.

La conservación de determinadas ceremonias profanas, las cuales les parecieron ser a los primeros misioneros católicos medidas ventajosas especiales para aumentar el número de neófitos indígenas, es tanto más lamentable, cuanto que las mismas no lograron en lo más mínimo el fin propuesto, mientras que la enseñanza de Cristo perdió grandemente en su dignidad y pureza primitiva. Casi cada fiesta religiosa está rodeada aquí de un cierto nimbo idólatra. Varias veces al mes se llevan a cabo procesiones que son muy concurridas, en donde por lo general pasean una figura de madera esculpida con muy poco sentido artístico, que representa a éste o aquel santo patrono, adornado en forma muy vistosa y sin gusto, (*) encabezada por el Padre del Pueblo con la Venerable Virgen, y seguido de innumerables mujeres indígenas en traje de fiesta con largas velas encendidas. Las procesiones consisten en cargar las figuras de madera alrededor de la plaza principal del pueblo, siendo habitualmente acompañadas de danzantes horriblemente disfrazados con máscaras de animales, quienes en la forma más burlesca brincan delante del Santo, acompañados del ruido de cascabeles, silbatos y monótonos salvajes golpes de tambor. De esta manera, le dan a la procesión, con su inculta euforia, más la frívola apariencia de un alocado desfile de carnaval que el serio carácter de una fiesta religiosa cristo-católica.

Semejantes procesiones no se limitan de ninguna manera a algunos pueblos indígenas aislados, sino que tienen lugar hasta en las principales ciudades del país, incluyendo la sede del Obispo. Repetidas veces fui personalmente testigo de tales fiestas religiosas, de las cuales permanece especialmente en mi memoria una a la cual asistía el día de la fiesta del Corpus en el barrio del Calvario, en la Ciudad de Guatemala. Abrieron el desfile cuatro llamados "gigantes", colosales figuras de 10 pies de alto con máscaras de moros y vestidos anchos, coloridos, que llegaban hasta el suelo, debajo de los cuales se encontraban hombres que las movían. Les seguían todo tipo de caricaturas con cabezas de animales y largas pelucas rojas y negras, que bailaban al compás de una salvaje música indígena, mientras que otras máscaras femeninas y masculinas en disfraces multicolores, con tambores, cascabeles y campanas no respetaban ni hasta a los presentes con sus burdas bromas. A esta extraña vanguardia le seguían los santos de la Iglesia católica

(*) *La manera y forma de la presentación tiene que herir sobremanera el gusto artístico del viajero culto. Así, por ejemplo, en oración de la procesión de Corpus Christi, ví en la aldea de Istavalacán la figura de madera de El Redentor, montado en una mula de madera toscamente esculpida, vestido en traje oriental con un ancho turbante rojo y calzando unas pantuflas amarillas.*

en sus más pomposas vestiduras. Finalmente venía el Santísimo bajo un palio, acompañado de cuatro sacerdotes, seguidos de los más altos dignatarios eclesiásticos y civiles del Estado.

Después que el desfile ha pasado por las calles, se dirige la comparsa de máscaras, por lo general, a la casa del cura, del Alcalde, y de otros vecinos distinguidos. Ahí ejecutan ciertos bailes que seguramente están relacionados con su pasado pagano, pero que tienen un trasfondo tan oscuro, que ni los mismos expectadores indígenas presentes son capaces de dar una explicación de lo que ellos significan. Los bailes tienen diferentes nombres, como por ejemplo, baile de los moros, baile de Montezuma, baile del venado, baile de los Partidarios, etc.; sin embargo, todos dan la apariencia de ser semejantes. Durante mi presencia en la aldea de Palín, tuve la oportunidad de ver la representación del baile de Montezuma en el patio de la parroquia, junto al Pastor católico (un Alsaciano de nacimiento). Apareció un indígena, vestido de Rey Montezuma, con cuatro capitanes, una muchacha de nombre Malinche y dos "burlas" con máscaras de mono. Después de que los actores hicieron innumerables cumplidos ante los espectadores, bailaron uno tras otro con una música sumamente monótona. (*) De repente, dejaron de bailar y dirigieron unas palabras incomprensibles que debían explicar la representación, dando después unos pasitos rápidos y cortos y por cierto tiempo, sin ninguna especie de sentimiento ni expresión, en el patio que había servido de escenario. Mientras que Malinche giraba y saltaba en torno a las **burlas** con máscaras de mono, estaban sentados el rey y sus cuatro capitanes en sillas que les habían sido traídas, teniendo los ojos dirigidos más sobre los espectadores y los regalos de dinero que caían sobre un plato que circulaba, que en los gestos de los danzantes. Finalmente se levantó el rey y dijo: "Ahora empieza la oración", como para explicar lo que continuaba, tal y como en las antiguas piezas de teatro populares, el cual, sin embargo, no contribuyó de ninguna manera a una mejor comprensión de la representación. Lo dicho fue tan estúpido e inexpresivo como lo bailado. Así, por ejemplo, dijo en una ocasión el "burla" con la máscara de mono:

"Yo soy mico del Monte
Y no tengo para decir,
Tengo mano por delante
Y cola por detrás." (**)

(*) *Los instrumentos de los que se valen los indios, son: el pito, el tambor, el tun y la tortuga. El "tun" es una pieza de ébano ahuecado de 18 pulgadas de largo y 4 de diámetro, el cual se toca golpeándolo con una varita. La "tortuga" es un instrumento hecho del caparacho de la tortuga del país, del cual saben sacar los indígenas sonidos muy extraños al golpearlo, al igual que el tun, con una varilla de madera.*

(**) *Así en el original. (Nota de la T.)*

El final del baile lo constituyó un **ensemble** de la pequeña compañía, después de lo cual todavía dirigió el "burla" unas palabras de agradecimiento en español a la concurrencia.

Cuando los danzantes se dirigieron del patio de la parroquia a la casa del Alcalde, un indio pura sangre, a representar ahí nuevamente el baile de Montezuma. Los recibió el anfitrión en el umbral de la casa, mientras que su esposa, de rodillas en el suelo, murmuraba una oración incomprensible en idioma indígena. También varias espectadoras estaban de rodillas. Ya durante el baile se gritaba y se tomaba bastante por parte del auditorio, y el anfitrión estuvo muy ocupado en llenar de nuevo la botella de aguardiente que se pasaba entre el público. Cuanto más se repetía la representación del baile en las diferentes casas de indios adinerados, más subía la excitación de los danzantes y la borrachera de los espectadores; hasta que finalmente, al caer la noche, degeneró la fiesta celebrada en honor del Santo Patrón del lugar, en una orgía salvaje. Se veía a hombres y mujeres regresar a casa bajo la influencia del excesivo disfrute de aguardiente, en estado de completa ebriedad. El uso de esta bebida espirituosa fue en solo este día tan grande que, como me aseguró muy ingenuamente al otro día el maestro de la escuela local: "El pueblo amaneció sin una gota de aguardiente". (*) A menudo se derrocha en una fiesta semejante, el sueldo de un mes completo. Lamentablemente, los curas católicos solo muy raras veces tienen suficiente poder e influencia sobre sus parroquias indios, como para remediar este mal. Todavía hoy están mal vistos entre los morenos aborígenes como consecuencia de las múltiples crueldades de que se hicieron culpables los primeros monjes en su fanatismo religioso. Los descendientes de Quahutimoc y Nima-Quiché no han olvidado que en las expediciones de conquista de los Soberanos españoles a través de Centroamérica el símbolo de la Cristiandad estuvo siempre acompañado del hierro real y la tortura, y que la sumisión y "salvación" de las diversas tribus indias se comparaba mucho más a una obra de brutal exterminio que a una conversión humano-cristiana. La codicia y el egoísmo de misioneros posteriores no contribuyeron a disminuir el desafecto original. Hasta hoy en día se le llama al cura en idioma Quiché "Ki-sol-re-le-ak-uch", o sea, "el que se come las gallinas"; que viene del hecho de que los indígenas tenían que dar de estas aves un tributo exorbitante. Aún hoy tienen que entregarle los habitantes de la comunidad de Istlavacán (aproximadamente 25,000 personas) al cura 7,000 gallinas y 15,000 huevos anualmente en

(*) "El pueblo amaneció sin una gota de aguardiente". Según una información de un habitante de Palín, una localidad de aproximadamente 5,000 personas, se consumen anualmente en la fiesta de Santa Teresa (o Tad-jel Santa Teresa, como lo llaman los indígenas) 3,000 botellas de aguardiente por valor de 800 Pesos (1,120 táleros). Esta bebida, muy parecida a nuestro aguardiente malo, se produce, como es sabido, del jugo de la caña de azúcar, y llega al comercio con 18^o, 20^o de alcohol, costando 2 reales o 10 monedas de plata la botella.

calidad de diezmo. Obligaciones parecidas existen en la mayor parte de las comunidades indígenas. No hay ningún momento importante en la vida de un indio del cual no saque el cura del pueblo un gran provecho material. Esto se ve con mayor claridad en las uniones matrimoniales, donde la futura pareja tiene que vivir y trabajar sin remuneración en la propiedad del cura por largos meses, antes de que el Padre los declare suficientemente enterados de la "Santa Doctrina" para poder casarse. De hecho, el cura católico utiliza este llamado tiempo de aprendizaje, para explotar en todas direcciones la fuerza de trabajo de la joven pareja, y al mismo tiempo, hacerse dar toda clase de regalos de los afligidos padres de los novios, quienes por más de un motivo anhelan la ejecución de la bendición matrimonial.

Una causa fundamental de que la relación entre los aborígenes y los pastores de almas católicos no sea de ninguna manera agradable y cordial, se encuentra en la escasa atención que se le ha dado, desde los días de la Conquista, al estudio de los idiomas indígenas. Durante mis dos años de excursión a través de los cinco Estados de Centroamérica, conocía a muy pocos clérigos que supieran, por lo menos un poco, el idioma de la población que catequizaban en las enseñanzas de las creencias católicas que permiten el consuelo de la religión cristiana. En los primeros tiempos de la toma de posesión del país por los españoles fue un decreto del gobierno de Carlos V, según el cual "la religión católica debía serle enseñada a los indígenas exclusivamente en el idioma español", el que hizo que se descuidara el estudio de los idiomas indígenas. Se quería que los aborígenes olvidaran juntamente con el idioma de sus padres, también su pasado, sus usos y costumbres paganas. Hubiera sido mucho más natural y apropiado, el que el cura hubiera hecho suyo el conocimiento del idioma de sus parroquianos, en vez de exigir de éstos el aprendizaje del idioma español. Ya que aparte de la profunda aversión que le tiene el indio a todo lo que es español, por su naturaleza perezosa casi no encuentra tiempo para cuidar más que de su subsistencia. El indígena le niega tenazmente hasta a sus hijos la bendición de la enseñanza, porque los vé como "sus pies y manos" que le deben ayudar y apoyar en sus trabajos desde el momento en que ya pueden caminar y hacer algo. Y cuando paulatinamente una pequeña parte de los nativos logró aprender el idioma español, se creyó más fácilmente continuar con éxito el camino tomado y de esta manera poder ahorrarse el gran esfuerzo de aprender los diferentes dialectos indios. Solamente misioneros perspicaces fueron de otra opinión, y no solamente trataron con gran esfuerzo de aprender los idiomas de sus parroquias con el fin de enseñarles a sus encomendados indígenas en el idioma de sus padres, sino que también procuraron elaborar diccionarios y gramáticas. A su noble sacrificio le debe la Iglesia el grupito de almas verdaderamente conversas, y la ciencia aquel tesoro de trabajos fisiológicos, que es tanto más

valioso cuanto más pequeño. (*)

Uno de estos pocos que conocen profundamente el idioma indígena es el ingenioso Padre Vicente Hernández, antiguamente monje Franciscano y, desde la anulación de los conventos por el General Morazán, cura de Sta. Catarina Istlavacán, en Los Altos de Guatemala. Maravillosa es la influencia moral que tiene este noble hombre entre los indígenas de su Diócesis gracias a su completo conocimiento de los idiomas Quiché y Kakchiquel.

Istlavacán (en alemán "pié de mujer") es una aldea solitaria, situada en una cumbre, en medio de grandes montañas escarpadas, donde hace mucho dejó de existir la exuberante vegetación del trópico y bajo la influencia de un clima nórdico solamente el esforzado trabajo de los habitantes puede sustituir la escasa fertilidad del suelo. Las mencionadas inmensas montañas y gigantescos peñones, que inspiran al artista, al poeta y al amigo de la naturaleza a un alto estado de ánimo, parecen ponerle tantos difíciles obstáculos al cultivador de la tierra, con el único fin de que éste multiplique los medios de su existencia.

Pero a pesar de lo desfavorable del clima y de las condiciones del suelo, contra lo que tiene que luchar este activo pueblito a la considerable altura de 8,000 pies sobre el nivel del mar, en donde se encuentra establecido, produce la comunidad que se distribuye en tres aldeas y que cuenta en total con 25,000 personas, entre las que se cuentan 5,600 campesinos, 45,000 fanegas (*) de maíz anuales, 32,000 fanegas de trigo, 5,000 fanegas de frijol, 1,500 fanegas de papas y 20,000 libras de lana de oveja. Gracias a la influencia del Padre Hernández, a quien pueden los aborígenes confiar sus penas en su propio idioma, se ha desterrado el aguardiente y el juego de la comunidad, y convertir a los habitantes en hombres laboriosos y trabajadores. El es el amigo, el médico, el consejero y el benefactor de la comunidad. Con un Gobernador electo por los indios, y un número de alcaldes y fiscales, dirige sus asuntos civiles y tiene voto decisivo en todos los asuntos de la vida burguesa.

Yo visité en junio de 1854 esta comunidad indígena retirada del mundo, rodeada por millas solamente por altas montañas y espesos bosques. La inhospitalidad de esta región supera toda descripción: En una ocasión llegamos a un río de montaña de aproximadamente 40 pies de ancho, llamado por los indígenas Massa, el cual tuvimos que cruzar con animales y equipaje utilizando dos troncos de árbol que se encontraban atravesados sobre el río a

(*) *En toda Centroamérica se han de encontrar apenas una media docena de diccionarios de los más frecuentes idiomas indígenas, y tal vez un número todavía menor de misioneros que tengan profundos conocimientos de uno u otro de ellos.*

(**) *Una fanega = 4 arrobas = 1 quintal.*

una altura aproximada de 60 pies. Después de incontables esfuerzos llegamos a la ribera opuesta, en donde se nos presentaron obstáculos no menos serios para la continuación de nuestra marcha a caballo. Un colosal peñón ascendente parecía hacer imposible cualquier avance. En ninguna parte de la masa de piedra podía uno agarrarse, y de resbalarse casualmente al pie en la pulida superficie se hacía inevitable la caída, y con ella, la muerte. No pasa ningún año sin que no sean víctimas de los mencionados peligrosos pasos, dos o tres de los pocos viajeros, a quienes su profesión conduce por estos bosques vírgenes. A pesar de eso, no hay manera de convencer a los indios que huyen de la civilización, de esta región de la montaña, a que mejoren este pasaje tan peligroso para la vida. De este modo, gracias a camino tan intransitable, permanecen más tiempo y más seguros de estar cerrados a un animado intercambio con el mundo exterior.

Después de una fatigosa cabalgata de catorce horas, llegamos finalmente a Istlavacán. El cura de la aldea, el hospitalario Padre Vicente Hernández, puesto ya sobre aviso de nuestra proyectada visita por el Corregidor del Distrito, nos recibió de la manera más amigable y complaciente. Su casa era pequeña y poco vistosa pero más o menos arreglada. Delante de la casa se encontraban parados un número de varones indígenas, quienes parecían siempre dispuestos a recibir órdenes del Reverendo Padre. Nunca ví que estos pajes salvajes entraran a las habitaciones del Padre. Este siempre les hablaba a través de la ventana o en la puerta. Todas las veces que hablaban con el cura cambiaban su voz natural, haciendo ésto en varios tonos más altos, lo que entre la mayor parte de las tribus indias significa una muestra de especial aprecio y devoción. A la mañana siguiente a mi llegada vino el cacique de los indios de Istlavacán, acompañado de las demás autoridades del pueblo, a pedirle permiso al cura para darle la bienvenida al forastero. La salutación se efectuó en una habitación amplia, cuyo mobiliario consistía sólo de una mesa y varias pocas sillas. Un número de 20 hombres, en su mayoría figuras bellas y fuertes, se encontraba ya reunido cuando entramos el Padre y yo. La forma cuadrada y aguda de sus maxilares superiores, la baja y angosta frente, sus penetrantes ojos negros, sus narices planas y anchas, sus cabellos oscuros y erizados, sus caras sin barba y el color moreno de sus cuerpos, parecían mostrar en ellos más que en otras tribus indígenas de Centroamérica visitadas por nosotros, el tipo original que no se ha mezclado. Debido a que el clima en las montañas de Istlavacán es bastante áspero, los habitantes de la región se visten por lo general con telas gruesas de lana, de color café oscuro, que se producen en el vecino Quezaltenango, la cabecera de Los Altos.

El cacique pronunció inmediatamente una alocución en idioma Quiché, que el Padre Vicente tuvo la bondad de traducirme al español. El mismo expresó la alegría que le causaba a los habitantes de Istlavacán de ver entre ellos a un extraño, quién con su visita y la recepción que se le daba, iba a desmentir el rumor difamatorio de que en esas montañas solamente vivían

salvajes y asesinos; como si ellos no fueran hombres, sino no mucho mejor que animales. (*)

Yo respondí diciendo que me sentí muy feliz de ser el intérprete de sus buenos sentimientos hacia el gobierno de Guatemala y poder informar del cordial recibimiento que me había sido brindado en mi calidad de extranjero en estas maravillosas montañas. Si, no pude dejar de agregar que seguramente ninguna nación culta del mundo los tomaría por seres irracionales o por animales, sino que por hombres nacidos de la misma poderosa mano creadora, con los mismos derechos a los bienes terrenales y del alma.

Cuando el Padre Vicente les tradujo estas palabras a los indios presentes, se arrojaron todos al suelo y murmurando palabras incomprensibles, trataron de mostrar su agradecimiento por medio de caras y gestos. Era verdaderamente conmovedor ver como estos morenos hijos del bosque, cuya raza había sido objeto de criminales crueldades por parte de los conquistadores españoles, agradecían ahora a un extranjero blanco el que no los tomara por animales o asesinos. Hasta que el cura trató repetidas veces de levantarlos logró que se incorporaran, saliendo del cuarto con un saludo, después de habernos hecho cada uno la reverencia, y de habernos inclinado, al Padre y a mi, la parte delantera de sus descubiertas cabezas, para que las tocáramos. El colocar los dedos de la mano derecha sobre la parte frontal de la cabeza se tiene entre muchas tribus indias como una especie de magnetismo, como la transmisión de una fuerza bienhechora a la persona tocada. Es tan grande la creencia de este pueblo primitivo en el efecto curativo de tal postura de mano, que ningún indio pasa frente al cura sin que doble las rodillas y agache la cabeza para que se la toque.

La influencia que ejerce el Padre Vicente en el progreso moral y material de los indios de Istlavacán, desde los pocos años que tiene de vivir entre ellos, ha tenido ya como consecuencia algunos resultados sorprendentes. A su celo y energía se debe que haya eliminado la marimba, un instrumento favorito de los indígenas, y prohibido la venta de aguardiente en su parroquia. Con la proscripción de la marimba, una especie de instrumento musical formado por varias teclas que se golpean con unos macillos, se terminaron muchas diversiones frívolas, que siempre tenían como resultado turbulentas borracheras y bailes que faltaban a la decencia. Pero con la prohibición del

(*) *La opinión de los indios, de que son vistos por la raza blanca, no mucho mejor que animales, encuentra su motivación en los malévolos informes enviados en 1536 por los colonizadores españoles de entonces a su Madre patria, y en donde con propósitos altamente egoístas menospreciaban a los aborígenes de Centroamérica, y como consecuencia de lo cual el mismo Papa Pablo III se vio movido a decretar en Roma el 10 de junio de 1537, que los indios no debían ser considerados en plano de igualdad con los blancos: "Attendentes Indos ipsos utpote veros homines non solum christianae fidei capaces existere, sed, ut nobis innotuit, ad fidem ipsam promptissime currere"*

aguardiente se logró, además, darle un gran servicio a la salud y a las buenas costumbres: ya que en cuanto el indio comienza a beber, ya no se sabe controlar. La orgía salvaje de una noche lo vuelve a menudo incapaz para el trabajo los días subsiguientes. Se le puede atribuir a estas medidas, principalmente, el que los habitantes de Istlavacán se dediquen tan laboriosamente al cultivo de la tierra.

Menos suerte ha tenido el dinámico cura, hasta ahora, en lo que respecta al mejoramiento de la situación espiritual y religiosa de su comunidad. A pesar de que según antiguos libros de la Iglesia, que tuve la oportunidad de ver en la parroquia, los primeros bautizos regulares fueron efectuados en esta aldea ya en el año 1600 por dos monjes franciscanos, no fue sino en el año de 1854 que fue posible lograr el establecimiento de la primera escuela, gracias a los esfuerzos del Padre Vicente. Y la misma apenas si es visitada por doce alumnos, a pesar de que la comunidad de la aldea tiene 6,000 personas y la parroquia, en total, más de 25,000.

Igualmente se encuentra la comunidad de Istlavacán en lo que respecta a su progreso cristiano, a un nivel nó más elevado de la época en que los misioneros católicos hicieron sus primeros bautizos. En su prisa piadosa, en que trataron de impartirle lo más rápido posible la bendición de la enseñanza del Salvador a toda la población del Continente americano, se ocuparon los monjes arribados con el ejército de Pedro de Alvarado, mayormente solo de bautizar a los herejes. (*) Las posteriores crueldades de los Conquistadores y su ruda destrucción de los ídolos paganos fueron poco apropiadas para predisponer a los nativos a las nuevas creencias religiosas, y así vemos hoy a la mayoría de los indios centroamericanos bautizados, pero solamente en los corazones de muy pocos se ha efectuado una verdadera conversión al cristianismo, a pesar de los abnegados esfuerzos de sus padres espirituales. Aferrándose con fría obstinación a sus antiguas creencias, solamente le dieron otros nombres a sus anteriores ídolos. Aparentemente veneran a Dios, y en su fuero interno se dirigen al sol; invocan a la Virgen María, y piensan mientras

(*) *Gil González Dávila bautizó a 32,267 indios en su primera marcha por la Provincia de Nicaragua (A.D. 1522), durante un viaje de 224 leguas españolas. Igualmente informa el monje franciscano Fray Francisco Bobadilla, haber bautizado en 14 días a no menos de 30,000 indios. ¿Cómo pudo haber logrado cumplir este Padre ávido de bautizos este acto lleno de unción con tan inmensas cantidades de gente en un tiempo tan corto? El cronista Fernández de Oviedo dice que estaría dispuesto a pagarle un tálero de oro a cada indio bautizado que fuera capaz de decir su nombre de bautizo y de repetir el Padre Nuestro y el Ave María, y a la vez, tomará solamente un maravedí (la moneda española más pequeña) de cada indio que no pueda decirlo: haciendo con esta operación, un negocio monetario muy bueno.*

tanto en la luna; le rezan en voz alta a los santos de la iglesia católica, y se imaginan una estrella para cada uno de los santos patronos. Los más atrevidos y astutos entre ellos, han llegado, a veces, al extremo de excavar en secreto hoyos detrás del Altar Mayor de su iglesia parroquial, y esconder ahí pequeñas figuras de sus ídolos. Y mientras el cura los creía orar frente a la cruz de Cristo en el Altar Mayor, eran a dioses paganos escondidos a los que tributaban homenajes y sacrificios.

En todas las fiestas clericales juega la vela el papel principal. Los aborígenes parecen darle a la luz una función especial. Nunca entra una mujer indígena a la iglesia, sin llevar por lo menos una larga y gruesa vela. Entre más velas se consume, más importante es la celebración, más distinguida es la persona que reza. Yo ví muchas veces, en días de fiesta, a mujeres indígenas descalzas con dirección a la iglesia, cargando debajo del brazo manojos enteros de esas pesadas y largas velas de cera, llevándolas a la iglesia de la aldea, y luego encenderlas ahí a algún Santo Patrón, para luego persignarse innumerables veces. Si en estas ocasiones de veras les estan rezando a un santo de la iglesia católica, o si lo hacen a los ídolos de sus paganos antepasados, es un secreto que el mismo inteligente Padre Vicente todavía no ha podido descubrir. El mismo me contó más bién, que él fue una vez testigo de cómo una mujer indígena arrodillada en la iglesia del pueblo ante la estatua de San Miguel, le había encendido primero una vela al diablo que se encuentra a los pies del Santo y luego al mismo San Miguel. Y es que los indios le tienen más temor a los espíritus malignos que a los buenos. En su inocencia, creen que es imposible que el Dios del amor se pueda vengar tan cruelmente de ellos como el del infierno; y es por eso que, por lo general, le rezan y ofrendan a ambos.

La persona más importante en todas las ocasiones de la vida es siempre el Aj-itz (*) o Sacerdote del Sol, quien tiene aquí más o menos la misma posición que el Medicine-man entre los indios del Norte. Deben de haber en la comunidad de Istlavacán unos sesenta de estos Aj-itz o Adivinos (**), contra cuya engañosa actuación ha luchado hasta ahora sin resultado el celo ilustrado del Padre. Los instrumentos (Ki-ji-val) de los cuales se valen

(*) Se dice Ach-itz.

(**) De los siguientes Adivinos (así en el original. Nota de la T.), quienes hasta este momento offician en Istlavacán y San Miguelito, en distintas épocas, servicios idólatras, les son al Padre Vicente conocidos hasta sus nombres. Se llaman: Juan Juney, Juan Chor, Juan Zikim, Lorenzo Cotí, Francisco Ximata, Manuel López, Diego Xtós, Cristóbal Ixquiaptap, Juan Chorratel, Cruz Zum, Isabel López Napaquisis, Baltasar Ixquiaptap, Manuel Perechú, Alonso Zum, Ali Chian.

estos sacerdotes del sol para hacer sus profecías son generalmente frijoles, granos de maíz, cristales de roca y figuras de madera, piedra o vidrio. Profetizan suerte y desgracia, abundancia e indigencia, tinieblas y cometas. Conjurán y citan al diablo, se vengán de sus enemigos, curan con hierbas, raíces, cortezas, aceite y manteca de animal, y se sirven de diferentes palabras misteriosas, que precisamente son ellos los que menos las entienden. Si son llamados estos brujos a ver a un enfermo, aprietan y chupan la parte adolorida, para, como dicen, expulsar por medio de esta operación el dolor del cuerpo. A veces sudan ellos mismos por horas, suspiran, tiemblan y hacen los gestos más extraños, hasta que, finalmente, sacan de su boca una sustancia negra en forma de bola, según dicen, el diablo que había estado en el cuerpo del enfermo y era el causante del dolor. Los familiares del paciente, a continuación, llevan esta sustancia afuera y tratan de pisotearla y destruirla de la forma más bizarra y dando los gritos más extraños.

Un viejo ciego indio quien me contó las cosas más extrañas de estos brujos y sus métodos, me dijo que estos sujetos son doblemente costosos y peligrosos, porque solamente deben comer carne, deben disfrutar siempre de lo mejor y pueden vengarse en forma muy cruel de sus enemigos y contrincantes. Parece que lo que les asegura aún un poco de prestigio entre sus compañeros de tribu a estos brujos y curanderos indígenas no es tanto ingenua devoción y confianza ciega en su fuerza milagrosa cuanto miedo a su venganza.

Nace un niño en el pueblo, recibe el brujo mucho más antes noticias de este suceso que el cura católico. No es sinó hasta que al nuevo moreno ciudadano del mundo le es hecho su horóscopo por el *Aj-itz*, le es puesto el nombre de algún animal, le es quemado *Mi-si-sal* (la resina amarillo-limón del *Rhus copallinum*), un ídolo favorito llamado, y cumplido con muchos otros misterios supersticiosos, que el niño es llevado a la casa parroquial para su bautizo cristiano. El animal, cuyo nombre le es dado al niño poco después de su nacimiento por el Sacerdote del Sol, es usualmente considerado también como su espíritu protector (*nagual*) para toda la vida.

No menos extraña que esta ceremonia de nacimiento es la costumbre que tienen los indios antes de un casamiento. Por regla general, los padres le escogen una mujer al hijo. Casamientos por sentimiento son raros en este pueblo poco sentimental. A menudo se compromete a las futuras parejas a los seis u ocho años ante testigos. Desde la hora en que esto sucede, en adelante, viven juntos ambos en la misma casa y tienen todavía por muchos años, relación de compañeros de juego.

La mayoría de las veces la boda se efectúa cuando la muchacha cumple doce años y el joven catorce o quince. La misma se celebra con bailes y comidas, y también para esta ocasión se solicitan más la persona y los instrumentos del Sacerdote del Sol, que el cura y los medios sagrados de la Iglesia católica. Y como en la vida, así también en el momento de la muerte tiene esta raza supersticiosa ceremonias muy extrañas para expresar su dolor y

su pésame. Cuando muere uno de ellos es lavado, vestido con ropa limpia y puesto en una sencilla caja de toscas tablas ensambladas. Después es quemado **Mi-si-sal**, se llama a un violinista, y se baila una danza salvaje alrededor del muerto. Los indios se imaginan la muerte solo como un traslado a otro lugar, donde el fallecido continúa viviendo en carne y hueso, pero bajo circunstancias más felices. Por esta razón es que junto con sus muertos entierran alimentos, sandalias, armas y otros objetos de especial aprecio en la vida. Las misas que hacen decir en la iglesia de la parroquia a sus fallecidos, las ven como saludos y recuerdos que les envían a sus queridos desaparecidos.

Las ofrendas que los indios de Istlavacán le llevan a sus ídolos consisten mayormente en frutas y en la quema de copal. Al mismo tiempo se dice que en Los Altos de Guatemala, aunque muy excepcionalmente y en épocas de gran necesidad se da todavía el caso de sacrificarle un recién nacido a algún ídolo famoso por su gran poder. En semejante estremecedora ocasión, le es hendido al pobre niño un cuchillo por el Sacerdote del Sol, y la sangre fresca rociada como ofrenda frente al ídolo colocado sobre una piedra, entre gritos, bailes y toques de tambor. Después es enterrado el cuerpo del niño en el bosque. (*)

Los dioses más importantes de los indios de Istlavacán, a los cuales hasta hoy en determinadas épocas les ofrenden en secreto, en lugares apartados de la montaña, maíz, flores y frutas, y hasta les celebran fiestas, se llaman: **Noj**, el genio de la razón, **Ajmak**, el genio de la salud, **Ik**, la luna, **Kanil**, el genio de la siembra, y **Juiúp**, el dios de la tierra, el cual entre los indios representa el principio del mal, a diferencia de **Kij**, el dios de la luz, que representa el buen principio.

(*) *El Corregidor de Totonicapán, en el Estado de Guatemala, Don Rosendo García de Salas, me aseguró que el inclusive los indios ya catolizados del pueblo de Attitag (El autor quiere decir Atitlán. Nota de la T.) que se encuentra al pié del volcán del mismo nombre, sacrificaron a un niño recién nacido todavía a fines de los años cuarenta, supuestamente para calmar el enojo de la montaña de fuego, de cuyo interior hacía semanas que se escuchaban unos inquietantes, retumbos. Igualmente me contaron personas de merecida confianza en Guatemala, que repetidas veces los indios que viven al pie del volcán de San Pedro, en el lago de Attitang, cuando la montaña de fuego hacía temer una destructora erupción por interminables retumbos subterráneos, tiraron en su cráter a la muchacha más bella del pueblo; ya que por su ingenua fuerza imaginativa, los sencillos habitantes tomaban los turbulentos retumbos de los gases unidos a materias ígneas líquidas en el interior de la tierra, por suspiros descontentos de un poderoso espíritu oculto que sentía deseos de una beauté india.*

La deidad **Juíúp** es una gran piedra sin forma alguna, de 3 pies de altura y 1 pié de diámetro, que presenta la imitación de la cara grotesca de la cabeza de un hombre. Pero solamente pocas deidades de los indios son piedras sin vida o figuras de madera toscamente labrada. Una enorme montaña, una colina de forma extraña, un árbol colosal, una oscura cueva, se convierten en la fantasía del aborigen fácilmente crédulo, en igualmente enorme cantidad de asilos de los dioses. Parece que los indios creen, desde que los españoles les destruyeron la mayor parte de sus ídolos, que sus dioses huyeron al interior de las montañas y cuevas. Y es por eso que escogen como sus lugares de sacrificio altas colinas en el interior de la selva, ante las cuales los Sacerdotes del Sol, en determinadas ocasiones festivas, celebran en secreto sus curiosas ceremonias. Ya sea que se condene el credo pagano de los morenos habitantes de Centro América por consideraciones de origen cristiano o simplemente humanas, no puede uno, de igual manera, menos que admirar la expresión poética en que este salvaje pueblo, aún hoy, se comunica con sus dioses. Anotaré aquí la traducción literal de una oración indígena, la cual todavía en el año de 1854 fue dicha una noche por un Sacerdote del Sol de Istlavacán, en un bosque de abetos y frente a una gran colina (*), en ocasión del nacimiento de un niño y en la cual se mezclan de la forma más extraña el oficio religioso católico y la salvaje creencia idólatra.

Oración de un Sacerdote del Sol indio

"O Jesucristo, mi Dios! Tú, hijo de Dios, que eres con el Padre y el Espíritu Santo un solo Dios! Hoy, en este día y a esta hora, en el día de **Tijax**, evoco a las Santas Almas que acompañan a la aurora y a los últimos rayos del sol del día que se despido! A la vez que con estas Santas Almas te conjuro, tú príncipe de aquellos espíritus que viven en el monte de **Sija-Raxquin!** Oh vosotros, sacerdotes del Sol que estáis concientes de todo lo que pasa, y tú príncipe de la razón, tú genio del viento, tú genio del monte, y tú genio de la llanura, Don **Purupeto Martín**, venid y recibid este incienso y esta vela!"

"Yo, quien se declara padrino y madrina de este niño; yo, quien os suplico; yo, el testigo y hermano de este recién nacido, quien os suplica, de este hombre que se declara vuestro hijo, yo os conjuro oh Santas Almas, no permitáis que le ocurra ningún mal, ni que sea de ninguna manera

(*) *Los lugares, donde aún hoy se efectúan los adoratorios se llaman: Chui-sija, Caxtum, Pa-cora. Los lugares, que anteriormente eran sacrificatorios de víctimas humanas, se llaman: Tzibapel, Sempoal, Chnisibeles.*

ingeliz. Yo, que ahora os hablo; yo, el sacerdote; yo, el que quema este incienso; yo, el que enciende esta vela; yo, el que ruega por él; yo, el que lo toma bajo su protección, os pido que permitáis que encuentre fácilmente su alimentación! Enviale, oh Dios, los medios necesarios, no permitáis que se enferme de fiebre, o que se ahogue con tos ferina; que sufra un ataque de apoplejía, o que sea mordido por una culebra; no permitáis que se hiera, que le ataque la fatiga o que se vuelva loco; no permitáis que lo muerda un perro o que lo mate un rayo; evita que se ahogue por el gozo exagerado del aguardiente, o que muera por el acero o el garrote; tampoco permitáis que se lo lleve el águila; —apoyádlo, vosotras nubes, teñidas de oro por el crepúsculo! Ayudádlo, oh rayo; ayudádlo, oh trueno! Ayudádlo, oh San Pedro; ayudádlo oh San Pablo; ayúdalo, tú Padre Eterno! "

"Y así como ha hablado hasta ahora a su favor, así igualmente os suplico, Vosotros Dioses, que hagan llegar enfermedad sobre sus enemigos; que cuando su enemigo salga de su casa, únicamente encuentre desgracia y miseria, haced que a donde quiera que encamine sus pasos encuentre solo infelicidad y pobreza; obrad siempre y en todas partes con él exactamente al contrario de como actúeis con mi protegido, y hádlo como lo pido con empeño! Oh Santas Almas, que os acompañe Dios, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Así sea! Amén".

Los indios conversos de Istlavacán se sirven hasta el día de hoy a menudo del calendario de sus paganos antepasados. Dividen el año semejante a los indios de México, (*) en 18 meses (**). Y cada mes a su vez, en 20 días, y reemplazan los 5 días que faltan para completar nuestro año solar, por los llamados días **baldí** o suplementarios. Cada uno de estos 20 días tiene una importancia determinada, y es calificado por los supersticiosos aborígenes como bueno, malo o indiferente. En cada mes hay 9 días buenos, 9 días malos y 2 días indiferentes. Cuando los indios empiezan cualquier cosa, tratan siempre de que tal cosa suceda el día de una buena señal, mientras que los

(*) Ver: Antonio de Herrera, *Historia General de las Indias*, vol. II, Dec. III, cap. 18, p. 75; y L. de Gómara, *Crónica de la Nueva España*, c. 191, p. 177 (Edición Barcia).

(**) Los nombres de los 18 meses, son: Nox (*genio de la razón*), Tijjax, Cajux, Ajpu, Imok, Ik (*luna*), Akbal (*poco*), Kat (*fuego*), Kam (*serpiente y también amarillo*), Ka-moy (*muerte, mordida*), Kuyex, Kanil (*siembre*), Tox, Tzi (*perro*), Batz, Eé, Tzikim, Ajmak (*genio de la salud*).

días malos conjuran enfermedad o infelicidad sobre la cabeza de sus enemigos. El año indígena comienza, según nuestro calendario, en el mes de mayo.

Con la gran ignorancia de los indios de Centroamérica y su profunda antipatía contra todo lo que es de origen español, (*), podría un crítico superficial fácilmente dudar de que pudiera mejorar en verdad la situación de este pueblo infeliz. Ya solo las huellas del progreso moral e industrial que encontramos tanto entre los habitantes de Istlavacán, como en otras comunidades indígenas de Los Altos de Guatemala y en Nicaragua hacen desaparecer los temores de que también en Centro América, al igual que en el áspero Norte, la raza morena se encamina inevitablemente a su desaparición. La actual condición de la cobriza población de Centro América es fundamentalmente una consecuencia de la presión y vasallaje que han tenido que soportar estas infelices criaturas desde hace más de 300 años por parte de los españoles detentores del poder. Como resultado del yugo de sus opresores han caído tan profundo en la noche de la barbarie, en comparación al nivel de cultura con que fueron encontrados por Hernán Cortéz y sus compañeros de armas, que un observador superficial de nuestros días difícilmente ve en ellos a los descendientes del mismo pueblo que en una ocasión constituyó Estados ordenados, una aristocracia formal que poseía diversos niveles y privilegios, en cuyos monumentos de piedra todavía hoy podemos honrar los primeros gérmenes de un arte en desarrollo. El bajo estado cultural de la actual población de Centro América ha dado inclusive motivo a la suposición, de que estos maravillosos países hayan sido poblados, antes de que existieran los actuales habitantes, por otra especie humana con un grado cultural más elevado, la cual por motivos para nosotros desconocidos, ya sea por catástrofes naturales o por pestes, hambrunas y otras calamidades, desapareció completamente de la tierra. Sí, ya algunos autores clericales, a quienes les ha interesado menos investigar la verdad histórica, que conciliar la historia de los primeros pobladores de América con las tradiciones de la Génesis de Moisés, han aseverado, guiados por determinadas coincidencias en los usos y costumbres de los aborígenes del Nuevo Continente con los pueblos del Viejo Mundo, que hubo una inmigración de las diez tribus perdidas de Israel del Asia Oriental a través del Estrecho de Behring. Sobre todo, esta es la explicación más sencilla y cómoda para la expansión de la humanidad sobre la tierra y, al mismo tiempo, aquella que menos nos pone en contradicción con las tradiciones bíblicas y la leyenda de la descendencia de un par de personas. Si es o nó la correcta, queda para el imparcial hombre de ciencia una pregunta abierta.

(*) *Esta antipatía contra los españoles se elevó en épocas anteriores entre algunas tribus indígenas de Guatemala hasta el odio más profundo y se manifestó a menudo en rasgos de carácter dignos de admiración. Así, por ejemplo, nos cuentan viejos cronistas, que estos temperamentos, en general tan sensuales, se abstuvieron varios años de todo contacto sexual, "para que sus mujeres no le nacieran esclavos a los españoles".*

Bien es verdad, que no se puede negar que muchas costumbres de las tribus indígenas tienen una sorprendente similitud con las de los israelitas. Muchas de sus fiestas y ceremonias, así como determinadas costumbres de las mujeres en sus diversas situaciones sexuales, le recuerdan involuntariamente al observador cuidadoso, el pueblo semita y sus prácticas religiosas. (*) Pero solo tal coincidencia todavía no es suficientemente válida, como para poder sacar de ella conclusiones tan importantes, como ha sido el caso por parte de distintos escritores eclesiásticos en relación a ambas Indias. Un estudio profundo e imparcial de la estatura, del cráneo, del idioma, artes y nivel cultural de los aborígenes americanos, hace aparecer, más bien, una gran cantidad de razones plausibles, que diametralmente se oponen a la posibilidad de una ascendencia de los mismos de Asia y más bien dan derecho a la suposición de que la raza americana, tanto en lo intelectual como físico, es completamente distinta, que no tiene en común ninguna especial característica, con los pueblos del Viejo Mundo. Los aborígenes de América no poseyeron ni una escritura esquemática, ni permiten encontrar alguna relación de parentesco consecuente, ni comparar sus innumerables idiomas con aquellos del pueblo asiático. En la época de la conquista de su país por los españoles, no conocían casi ninguna de las artes antiguas de los pueblos de Oriente; el uso del hierro les era completamente desconocido; para sus toscos trabajos de escultura solamente utilizaban instrumentos imperfectos de cobre y piedra. Sus altares de sacrificio, de los cuales he tenido personalmente oportunidad de examinar una cantidad bastante grande en los bosques de Centro América, muestran en su construcción, estructura y destino, una diferencia fundamental de las obras plásticas de Egipto y el Cercano Oriente; su escasa cultura consiste exclusivamente en plantas alimenticias nativas, entre las cuales el maíz, como característica más importante de la civilización americana, ocupó el primer lugar; mientras que todos los cereales del hemisferio oriental, como por ejemplo trigo, cebada, avena, centeno, mijo, etc., les eran completamente desconocidos, y en parte todavía les son. Igualmente, a la llegada de los españoles no poseían ninguna especie de animales domésticos del antiguo continente, como caballos, ganado, ovejas,

(*) Ver: A. de Herrera, *Historia general de las Indias occidentales. Decad. III. Lib. II. c. 7. p. 73. Idem. Decad. III. lib. IV. c. 5. p. 121. García, Origen de los Indios, lib. III. 2. p. 110. Domingo de Vico, Theologia Indorum. Part. II. p. 101. Apostolicos Afanes de la Compañía de Jesús, escritos por un padre de la mesma sagrada Religión de la provincia de Mejico, Barcelona 1754. tom. I. p. 22. José de Acosta, Historia Natural de las Indias. lib. 5. c. 6. G. Roman, República Indorum. Part. II. lib. 2. cap. 9. Lettres édifiantes et curieuses, écrites par les Missionnaires. Paris 1839. vol. II. p. 27, 349, 642.*

cabras, etc. ¿Y qué medios estaban a la disposición de los primeros peregrinos —puede seguir preguntándose con razón— para poblar por medio de una sola pareja la tierra, en un período relativamente tan corto, partiendo desde un solo punto, y en sus lugares más retirados? Debió haber dejado el Creador la extensión de la humanidad a la sola casualidad, o nó más bien ordenado, que el hombre, adaptado a las condiciones de la zona para la cual estaba determinado, disfrutara de la gracia de su Creador con un solo "llamado a desarrollarse" en los distintos puntos del planeta? Autoridades de primera categoría en las ciencias naturales de Norteamérica, como Morton, Nott, Gliddon, Agassiz, fueron aún más lejos, al designar a la población roja de América como autóctona, como a los primitivos pobladores de aquel lejano Continente, (*) inclinándose con ello a aquella teoría que afirma que el hombre surge al mismo tiempo en distintos lugares, expandiéndose de estos centros por todo el globo. Con el gran respeto que le tienen los anglo-americanos a las Sagradas Escrituras, la primera tarea de los defensores de este punto de vista, si es que querían lograrle mayor divulgación a sus enseñanzas de los autóctono, debía ser, comprobar que éstas no se encontraban en contradicción con la historia de la creación. Así, trataron de demostrar que a las crónicas de Moisés se les ha dado una interpretación no acorde con las intenciones del autor, e insisten en que el libro de la Génesis solamente se refiere a la historia de la raza blanca, y específicamente a la raza de los judíos. (*) Pero con semejante interpretación no se tocarían las verdades de aquella santa tradición en ninguna forma o ni siquiera se pondrían en duda, sino que solamente se armonizaría con la ciencia y la investigación, dándosele a las mismas una nueva consagración por medio de esta noble armonía. A los sabios norteamericanos pronto se les unieron también naturalistas europeos; y es un fenómeno, por muchos motivos altamente digno de atención, el que las teorías más recientes e importantes sobre el origen, y la probable edad de la humanidad, no fueran elaboradas por la nación de los escépticos y filósofos, sino por los británicos, grandes entusiastas de la biblia.

- (*) *"I regard the American nation as the true autochthones, the primeval inhabitants of this vaste continent... Wherever I have ventured an opinion on this question, it has been in favour of the doctrin of primeval diversities of men, —an original adoption of the several races to those varied circumstances of climate and locality, which, while congenial to the one, are destructive to the other".* *Memorias inéditas del Dr. Morton, en: Types of Mankind, or ethnological researches bases upon the anciente Monuments, paintings, sculptures and cranies of races and upon their natural, geographical, philological and biblical history. Por Dr. J.E. Nott yDr. G.R. Gliddon. Philadelphia, Lippincott & Co. 1854. "Our species had its origin not in one, but in several or many creations, and these, diverging from their primitive centres, met and amalgamated in the progress of time and have thus given rise to these intermediate links of organisation, which now connet the extremes together..."* *Sam Morton: An inquiry into the distinctive character of the aboriginal race of America. Ms. — "By the simultaneous creation of a plurality of original stocks, the*

En efecto, hombres como Darwin, Lyell y Huxley fueron quienes surgieron como apóstoles de nuevos principios, basándose en eternas leyes naturales, habiendo tenido el valor de declarar los triunfos de la investigación científica sobre las interpretaciones piadosas de testarudos dogmáticos.

En la oscuridad de la antigua historia americana, le va a ser siempre muy difícil a la ciencia, probar con determinados hechos, la especulación de que el hombre americano es autóctono; como también a sus enemigos, fundamentar históricamente el punto de vista escolástico de una emigración del Asia Oriental. Y por ello, en círculos imparciales que no tienen la vista empañada o están intimidados por escrúpulos religiosos, obtendrá la supremacía aquella interpretación que haga valer la mayor cantidad de probabilidades.

population of the earth became not an accidental result, but a matter of certainty. Many and distant regions, which, in accordance with the doctrine of a single origin, would have remained for thousand of years unpeopled and unknown, received at once their allotted inhabitants, and these, instead of being left to struggle with the vicissitudes of chance, were from the beginning adapted to those varied circumstances of climate and locality, which yet mark their respective position upon earth." Samuel Morton. *Manuscrito inédito sobre el origen de las razas. Types of Mankind*, p. 307.

*) *"To suppose, that all men originated from Adam and Eve is to assume, that the orden of creation has been changed in the course of historical times, and to give to the Mosaic record a meaning, that it was never intended to have. On that ground we would particularly insist upon the propriety of considering Genesis as chiefly relating to the history of the white race, with special reference to the history of the Jews".* L. Agassiz, *on the distribution of animals in Nott's Types of Mankind*, p. 79.